

entre Fleurus y los Cuatro Brazos, y de adquirir la explicacion de esta aparicion imprevista sobre su flanco izquierdo de tropas al parecer prusianas. Entre tanto suspendió el movimiento de su Vieja Guardia hacia Ligny, por no ser este el caso de privarse de sus reservas, si un cuerpo considerable habia logrado penetrar sobre su espalda. Pero dejó avanzar á la Joven Guardia sobre las divisiones de Habert y de Girard ya extenuadas, y tambien hizo continuar el horrible cañoneo que, cogiendo de flanco á las masas prusianas, tanto destrozo causaba en sus filas.

Durante este tiempo, Blucher, á quien no detenía cosa alguna, de nuevo habia lanzado los batallones rebechos de Ziethen y de Pirch II sobre las aldeas de Saint-Amand-le-Hameau y Saint-Amand-la-Haye. — Atacada por quinta vez, se hallaba en retirada la línea de Vandamme, cuando embistiendo briosamente la Joven Guardia conducida por Duchesne las dos aldeas, al fin arrolló á los prusianos, y de nuevo recuperó la línea del arroyo de Ligny. Mientras aqui se restablecia el combate, los ayudantes de campo enviados de reconocimiento volvieron y disiparon el error funesto, que un oficial falto de sangre fria acababa de engendrar en el espíritu de Vandamme. Aquel supuesto cuerpo de prusianos, que se creyó divisar á lo lejos, no era sino el cuerpo acaudillado por el conde de Erlon en persona, que á tenor de las reiteradas órdenes de Napoleon marchaba sobre el molino de Bry, y por consiguiente iba en direccion de coger de revés al enemigo. Asi nada habia que temer por aquel lado, y antes bien se debian concebir legítimas esperanzas, si las órdenes tan-

tas veces expedidas se llegaban á ejecutar finalmente. Napoleon las renovó acto continuo, y así y todo aproximóse á seguir la maniobra interrumpida de resultas de la falsa nueva, á la sazón ya aclarada. De instante en instante se aumentaba su oportunidad á todas luces, porque al acumular Blucher sus fuerzas sobre las aldeas de Saint-Amand dejaba un hueco entre sí y Thielmann, y un vigoroso golpe descargado mas arriba de Ligny en direccion de Sombreffe, debía separar los cuerpos de Ziethen y de Pirch I de los de Thielmann y de Bulow, y ponerlos en gran desorden, y aun hacerlos prisioneros de Erlon, si éste daba remate á su movimiento. De todos modos era oportuna la maniobra, porque descargaba el golpe decisivo y esperado tan largo tiempo. Si Erlon estaba hacia Bry lo hacia desastroso para el ejército prusiano, y aun cuando no estuviese hacia aquel punto, siempre resultaria ganada la batalla, por quedar vencida la tenaz resistencia encontrada mas allá del arroyo de Ligny por los franceses.

Napoleon ordenó pues que la Vieja Guardia prosiguiera su interrumpido movimiento, y por tanto, que desfilara detrás de Ligny hasta la extremidad de la infeliz aldea. No era hombre que fuese á lanzar su tropa de preferencia sobre el mismo recinto de Ligny, donde quizá se fuera á estrechar en un monton de cadáveres y de ruinas; y así la traslada algo mas lejos, donde solo hay que atravesar el arroyo y los árboles de sus riberas. Personalmente dirige á sus zapadores, y les hace derribar árboles y setos, de modo de abrir calle á una compañía desplegada sobre la izquierda, coloca tres batallones de la division de Pecheux para que

desemboquen de Ligny y apoyen el movimiento de la Vieja Guardia, al desembocar ésta del barranco. En seguida apresta seis batallones de granaderos en columnas cerradas y cuatro de cazadores para darles apoyo. Cierta especie de silencio de expectativa reina entre estas admirables tropas, ufanas del honor que les está reservado de finalizar la batalla. Poniéndose el sol detrás del molino de Bry en este instante, las copas de los árboles dora con sus últimos rayos, y Napoleón dá al fin la señal impacientemente esperada. Entonces la columna de los seis batallones de granaderos se precipita á lo hondo del barranco, y cruza el arroyo, y trepa á la opuesta orilla, mientras desembocan de Ligny los tres batallones de la división de Pecheux. Superado el obstáculo de este modo, alto hacen los granaderos para reformar sus filas y acometer la altura, donde se hallan las reliquias de las divisiones de Krafft y de Langen, apoyadas por toda la caballería prusiana. Interin se alinean para el ataque, sobre ellos lanzan los enemigos una lluvia de balas y de metralla; pero aguantan este fuego sin moverse ni por asomo. Creyéndoles batallones de la guardia nacional movilizada por el traje, la caballería prusiana avanza y trata de entablar parlamentos para que se rindan al punto. De jinetes enemigos cubre la tierra uno de aquellos batallones rápidamente formado en cuadro. Dispuestos los demás en columnas de ataque marchan á bayoneta calada, y arrollan cuanto se les pone por delante. A la carga vuelve la caballería prusiana, bien que en el mismo instante sobre ella caen los coraceros de Milhaud al galope. Allí se traba una sangrienta lucha, que termina al

cabo con ventaja de los franceses, y cortado en dos el ejército prusiano se ve obligado á retroceder á toda prisa.

Después de intentar Blücher contra las tres aldeas de Saint-Amand un último y estéril esfuerzo, á unirse á las tropas dejadas en torno del molino de Bry acudia ahora. Llegado ya muy tarde y encontrado por los coraceros franceses, derribado fué y pisoteado al empuje. Tendido en tierra éste heroico anciano, y acompañado de un ayudante de campo, que se guardó muy bien de hacer seña alguna, por donde se pudiera venir en conocimiento de su persona, desde allí oía el galope de los jinetes franceses acuchillando á sus escuadrones, y dando remate á la derrota de sus tropas. Al mismo tiempo desembocaba finalmente Vandamme de Saint-Amand, Gerard desembocaba de Ligny, y penetrando á la derecha el general Hulot con la división de Bourmont por el camino de Charleroy á Namur, á la caballería de Pajol y de Exelmans se lo dejaba expedito del todo. Ya eran mas de las ocho de la noche, la oscuridad empezaba á envolver este horrible campo de batalla, y de derecha á izquierda era completa la victoria. Sin embargo, el ejército prusiano, que se retiraba delante de la Guardia Imperial triunfante, no parecia hostigado por la espalda: no asomaba el conde de Erlon tan requerido por las órdenes de Napoleón y tan esperado, y ya no se contaba con otras ventajas que las que se tenían á la vista. Por todas partes en retirada, el ejército prusiano abandonaba á los franceses el campo de batalla, esto es, la gran calzada de Namur á Bruselas, línea de comunicacion entre los ingleses y los prusianos, y además deja-

ba el campo con diez y ocho mil muertos ó heridos. Algunas bocas de fuego y algunos prisioneros quedaron en manos de los franceses. Verdad es que no se limitaban a esto las pérdidas sufridas. Muchos hombres descorazonados á consecuencia de esta encarnizada lucha se iban á la desbandada. Doce mil nada menos desertaron así de sus banderas, por lo cual esta jornada privó al ejército prusiano de treinta mil hombres, ó sea la cuarta parte de su fuerza efectiva. ¿Mas qué valian tales resultados en comparacion de treinta ó cuarenta mil prisioneros que se cogieran sin duda, si el conde de Erlon asomara oportunamente, lo cual completara la ruina del ejército prusiano, y abandonara al ejército inglés á los golpes de Napoleon sin el mas leve apoyo? De sobra era Napoleon experimentado para que le movieran á asombro los accidentes que en la guerra vienen á desbaratar á menudo las mas sabias combinaciones: sin embargo no comprendia tal inejecucion de sus órdenes terminantes, y aspiraba á indagar la causa muy en vano. Segun sus cálculos para esta jornada el ejército inglés no se podia haber hallado entero sobre los Cuatro Brazos, y no se le alcanzaba cómo no le habia podido enviar el mariscal Ney un destacamento, y con especialidad cómo el conde de Erlon no habia llegado á Fleuros, despues de vér-elo tan cerca. En la duda se detuvo sobre el campo de batalla, que ya envolvian las sombras de la noche, y permitió á sus soldados languidecidos de fatiga, por haber andado la vispera ocho ó diez leguas, cuatro ó cinco aquella mañana, y batidose toda la tarde, que vivaquearan sobre el terreno donde fué á terminar la batalla. Solo hizo

avanzar y establecerse en torno del molino de Bry al conde de Lobau con el sexto cuerpo, que vino á ser su única reserva. Posible era sin duda enviarle á perseguir á los prusianos, si se tuviera noticia de lo acontecido en los Cuatro Brazos; pero no llegando del mariscal Ney oficial ninguno, y no teniendo ya mas que esta reserva de tropas frescas, por haber empeñado la Guardia toda, Napoleon juzgó indispensable conservarla en torno suyo, porque en caso de tornar el enemigo á la ofensiva, no se le podia oponer otra fuerza. Sin embargo, destacó una de sus divisiones, la de Teste, y se la confió á Pajol tan entendido como vigilante, para seguir la pista a los prusianos y precipitar su retirada, quedándose con el resto á fin de cubrir sus vivasques.

De la disposicion de ánimo de Ney se puede inferir fácilmente lo que Napoleon ignoraba todavía y vislumbraba á lo sumo. No se ha olvidado ciertamente que desde por la mañana andaba el mariscal muy vacilante á la vista de los cuatro mil hombres del principe de Sajonia-Weimar, á causa de tomarlos ya que no por el ejército inglés entero, si por una porcion muy considerable, y especialmente al ver á oficiales de alta graduacion ejecutar un reconocimiento que parecia el preliminar de una gran batalla. A las perplejidades del mariscal agregóse la singular resolucion tomada por el general Reille de retardar el movimiento del segundo cuerpo de autoridad propia, y así pasó toda la mañana entre dudas, ora aprestándose para el ataque, ora temiendo exponerse á una peligrosa refriega. Bajo el influjo de estas diversas impresiones envió á Napoleon un oficial de lanceros, para

manifestarle que juzgaba tener encima fuerzas muy superiores á las suyas, á lo cual respondió Napoleon con viveza que no podian ser considerables las tropas establecidas en los Cuatro Brazos; que á lo sumo serian las que hubiesen tenido tiempo de acudir desde Bruselas; que teniendo Blucher su cuartel general en Namur, nada podia haber enviado á los Cuatro Brazos; que por tanto convenia atacar al frente de los cuerpos de Reille y de Erlon y de la caballeria de Valmy, y destruir las pocas fuerzas que tenian delante. Aun quando Napoleon se hallara en medio del estado mayor enemigo, de cierto no viera mas claro, ni mandara mas oportunamente. Habiendo recibido Ney, además de la carta llevada por Mr. de Flahault, la orden formal expedida del cuartel general á fin de que emprendiera el ataque, se apercibia á ponerlo por obra, mas desgraciadamente el segundo cuerpo no habia llegado al medio dia. Delante de Goselies seguia manteniéndolo el general Reille, fuertemente conmovido por la aparicion de los prusianos, de que el general Girard le dió parte. Con la division de Bachelu tan solo y la caballeria de Piré y de Lefebvre Desnoettes juntaba Ney hasta nueve mil hombres, y sin duda pudieran destruir al príncipe de Sajonia-Weimar, que al medio dia aun no habia recibido mas que dos mil hombres de refuerzo, y solo contaba seis mil entre todos. Acudiendo precipitadamente el príncipe de Orange, no llevó mas que su persona, y con cuatro mil quinientos hombres de infanteria, y otros cuatro mil quinientos de caballeria, Ney le aniquilara de seguro. No obstante, se comprende perfectamente que, descubriendo un estado mayor brillan-

te, y recelando tener todo un ejército á la vista, no osara aventurarse á dar principio á la accion con las fuerzas que tenia á su inmediato alcance. Ya apremiado por las reiteradas órdenes de Napoleon, al cabo perdió la paciencia, y á los generales Reille y Erlon despachó órdenes para que avanzasen á toda prisa. Si al tener conocimiento del mensaje de que el conde de Flahault fué portador entre nueve y diez de la mañana, el general Reille marchara con las dos divisiones de Foy y del príncipe Gerónimo de seguida, por lo menos elevara las fuerzas de Ney á veinte y dos mil hombre, y á muy cerca de veinte y seis mil con los coraceros de Valmy, y á medio dia pudiera estar dentro de los Cuatro Brazos. Mas que suficiente habia para dar allí al traste con todo, á medio dia, ó a la una de la tarde. Por desgracia nada de esto puso el general Reille por obra, limitándose á ir personalmente á las dos cerca de los Cuatro Brazos de resultas de las vivas instancias de su gefe. Entonces Ney manifestó el deseo de atacar á las fuerzas que tenia delante, diciendo ser pocas y fácil el triunfo. Bajo la impresion el general Reille de sus recuerdos de España, como Vandamme bajo la de sus recuerdos de Kulma, lejos de excitar el ardimiento de Ney, se aplicó á calmarle por el contrario, respondiendo que no se debía obrar así respecto de los ingleses; que era muy seria cosa habérselas con ellos, y no convenia empeñar el combate hasta que estuvieran juntas las tropas; que á la sazón se veia poca gente, si bien el ejército inglés se hallaba probablemente detrás de los bosques, y apareceria todo así que se viniera á las manos; que por tanto no era prudente atacar sino con todas las fuerzas dis-

ponibles. Excelente era el consejo como principio, bien que funesto en la actual coyuntura, pues dentro de los Cuatro Brazos no estaba más que la división de Perponcher, llegada en totalidad á las dos de la tarde, y solo ascendiendo á ocho mil hombres. Así Ney resignose á aguardar á las divisiones de Foy y del príncipe Geronimo para emprender la acometida, pues si el general Reille se hallaba allí en persona, aun no habían entrado en línea sus divisiones, puestas en movimiento demasiado tarde. Entretanto el cañoneo de Saint-Amand y de Ligny retumbaba terriblemente; ya eran cerca de las tres de la tarde, y no pudiéndose Ney contener por mas tiempo (1), al cabo tomó el partido de empezar la lucha, con la esperanza de que el estampido de sus cañones aceleraría el paso de

(1) Del Diario militar del general Foy tomo estos por menores, y como escribo día por día es digno de mayor confianza que la merecida por las relaciones hechas veinte ó treinta años despues de los sucesos. Este Diario con-signa que Ney se quiso lanzar al ataque, y que Reille le disuadió de ello, alegando el carácter particular de las tropas inglesas, y aconsejándole que aguardara la concentración de sus fuerzas, y que esta deliberación se efectuaba al tiempo de oírse el cañoneo de Ligny. Como esto no empezó hasta las dos y media de la tarde lo mas pronto, claro es que á esta hora no habia aun dado principio el ataque á los Cuatro Brazos; Ney lo hubiera querido emprender un poco antes; pero el consejo del general Reille y la tardía llegada de sus divisiones se lo impidieron de lijo. Tambien de la relacion del coronel Heymes resulta que el mariscal se mostraba impaciente por ver al fin llegar las divisiones del segundo cuerpo, y que rompió el fuego antes de reunir todas sus tropas, con la esperanza de que el ruido del cañon apresurara el paso de las que aun estaban en marcha.

las tropas que estaban en marcha. Consgo tenia la división de Bachelu desde el día antes, la del general Foy se le acababa de incorporar ahora, y seguros contaba diez mil hombres de infanteria. Además tenia la caballeria de Piré y la de Lefebvre Desnoettes, y la de Valmy compuesta de tres mil quinientos coraceros, en totalidad muy cerca de ocho mil jinetes. Verdad es que se le habia recomendado que guardara contemplaciones á la caballeria de Lefebvre Desnoettes y que mantoviera la de Valmy algo á la espalda, pero estas no eran órdenes de ningun modo, sino simples recomendaciones, que la necesidad del momento hacia completamente nulas. Por fin decidiose á empeñar el ataque (1). Ya la division del príncipe Geronimo

(1) Para descargar á Ney de la responsabilidad de los sucesos sobrevenidos en los Cuatro Brazos, y hacerla recaer sobre Napoleon del todo, se ha dicho que atacando á las dos de la tarde, se anticipaba con mucho á la orden expedida desde Fleurus á la misma hora, y que no podia llegar á Frasnes antes de las tres y media. Aqui hay un error doble. Ante todo, puesto que se oía el cañon de Ligny, ya eran las dos y media por lo menos, y quizá las tres cuando Ney se decidió al ataque. Además éste habia recibido el mensaje llevado por Mr. de Flahaut antes de las once de la mañana, y allí se le prevenia hasta ir mas lejos de los Cuatro Brazos. Finalmente de igual modo habia recibido el mensaje despachado desde Charleroy en contestacion al envío de un oficial de lanceros, y próximo ya Napoleon á marchar hácia Fleures, y respondiendo á las zozobras del mariscal le previno que inmediatamente llegara los cuerpos de Reille y de Erlon, y arrollara cuanto se le pusiera por delante. A las doce y media lo mas tardé hubo Ney de recibir este mensaje, despachado desde Charleroy antes de que Napoleon emprendiera la partida. No se anticipaba de consiguiente á las órdenes imperiales

comenzaba á asomar á lo lejos, del cuerpo de Erlon se sabía que estaba en camino, y contábase con que el estampido de los cañones estimularía su celo y apresuraría su llegada.

Ahora véase cuál era el campo de batalla sobre el cual se iba á trabar esta heroica aunque tardía lucha. Ney ocupaba el camino real de Charleroy á Bruselas, que pasa por Frasnes y los Cuatro Brazos. Actualmente se encontraba algo delante de Frasnes, al borde de una hondonada bastante ancha y en frente de los Cuatro Brazos, compuestos en suma de una posada y algunas casas. Por delante veía el camino de Charleroy á Bruselas, cruzando por medio de la hondonada, y volviendo á subir luego hácia los Cuatro Brazos, y donde por uno de sus lados tocaba con el camino de Nivelles, y con la calzada de Namur por el otro. A la izquierda tenía las alturas de Bossu cubiertas de árboles y de arbustos, á cuyo respaldo daba vuelta el camino de Nivelles, oculto por allí á su vista, en el centro la hacienda ó quinta de Gimioncourt sobre el mismo camino, á la izquierda varias que-

puestos que, llegadas á las diez y media, las unas, y á la hora las otras, le intimaban que, sin contar lo que juzgaba tener á la vista, lo destruyera por completo. Verdad es que tan luego como la segunda orden e-tuvo en sus manos, se mostró deseoso de emprender el ataque; pero aguardaba las tropas retenidas por Reille á consecuencia del parte dado por Girard concerniente á la aparición del ejército prusiano. Mas adelante discutiré la parte de cada cual en los sucesos, si bien desde luego se puede decir que hubo una deplorable fatalidad en todos, y especialmente una inmensa influencia de los últimos desastres, operando sobre la imaginación de los generales, é induciéndoles á vacilaciones y debilidades, que no les eran propias.

bradas con árboles y que iban á dar hácia el Dyle, y por último á la extremidad del horizonte la gran calzada de Namur á Bruselas, de donde partía el continuo estruendo del cañon de Ligny. Distintamente se veían las disposiciones tomadas por el enemigo delante de los Cuatro Brazos, pero ocultas estaban á la vista las que pudiera tomar al respaldo, y de aquí nacia la duda de Ney en punto á las fuerzas contra que habria de trabar la lucha. Por de pronto, teniendo el principe de Orange los nueve batallones de la division de Perponcher á la mano, cuatro situó en el bosque de Bossu á la izquierda de los franceses, dos en la quinta de Gimioncourt á la parte del centro, uno á la derecha sobre el camino para cubrir su artillería, y dos de reserva delante de los Cuatro Brazos.

Ney resolvió arrollar lo que divisaba delante, no sabiendo lo que habria detrás á punto fijo, si bien contando con la llegada de la division del principe Gerónimo ya asomada á lo lejos y con el cuerpo de Erlon que no podia tardar mucho. A la derecha del camino real puso la division de Bachelu, á la izquierda la division de Foy, y la caballería de Piré á derecha é izquierda. Muy luego rechazaron las guerrillas de los franceses á las de los enemigos, y cargando la caballería de Piré á uno de los batallones holandeses apostados delante de la hacienda de Gimioncourt, al galope limpió el terreno todo. Sobre la calzada la artillería francesa, superior en número, en calidad y particularmente en posición á la del enemigo, desmontó muchas de sus piezas é hizo destrozos en las filas de su infantería. Molestado por su fuego, el

brillante príncipe de Orange tuvo la osadía de querer apoderar de ella. Así trató de comunicar su ardimiento al batallón puesto en custodia de su propia artillería, y conducirlo sobre los cañones franceses á paso de carga. Cuando ya lo llevaba al ataque agitando su sombrero, el general Piré soltó uno de sus regimientos, que cogiendo al batallón de flanco, le puso en fuga, y derribó al príncipe de Orange, que estuvo á punto de caer prisionero.

Entonces tocó el turno á la infantería francesa. Siguiendo el camino real el general Foy atacó la quinta de Gimioncourt con la brigada de Gautier, que llevada por Foy en persona, se apoderó de la quinta, y pasó el barranco donde se hallaba situada. Tomando á la izquierda la brigada de Jamin, segunda de la division de Foy, se adelantó hácia el bosque de Bossu, y obligó á los batallones de Sajonia-Weimar á meterse en su espesura. Crítica era por consiguiente la situacion del príncipe de Orange, pues los dos batallones que tenia de reserva delante de los Cuatro Brazos, no eran capaces de atajar el paso á las divisiones de Foy y de Bachelu victoriosas. Si mas confiado en este momento se lanzara Ney entre los Cuatro Brazos, de fijo tomara esta posicion decisiva, y no pudiéndose juntar las divisiones inglesas, procedentes unas de Nivelles y otras de Bruselas, se vieran obligadas á dar un largo rodeo hácia atrás para combinar sus esfuerzos, lo cual dejara á Ney tiempo suficiente para establecerse en los Cuatro Brazos, y hacerse allí invencible. Pero, siempre incierto en punto á lo que tenia delante, no osando servirse de los coraceros de Valmy, ni de la caballería

de Lefebvre Desnoettes, se fijó Ney en esperar la llegada de la division del príncipe Gerónimo, la mas numerosa del segundo cuerpo, antes de llevar mas allá sus triunfos. Al cabo apareció á las tres y media de la tarde, bien que á la sazón tambien el príncipe de Orange recibia un poderoso refuerzo. De Bruselas llegaba la division de Picton compuesta de ocho batallones ingleses y escoceses, y le traia cerca de ocho mil combatiente; una parte de la caballería de Coallert fuerte de mil y cien jinetes desembocaba por el camino de Nivelles; poco despues acudia igualmente la tropa de Brunswick desde Viloorde, y de vuelta de sus diversos reconocimientos se presentaba el duque de Wellington en persona, para tomar la direccion del combate. Con la tropa de Brunswick ya presente sobre el terreno se tenia en los Cuatro Brazos un nuevo refuerzo de tres mil infantes y mil jinetes. Así el duque de Wellington al frente de las divisiones de Perponcher, de Picton y de Brunswick reunia bajo su mando como veinte mil hombres, y en fuerzas era casi igual al mariscal Ney, aun despues de llegada la division del príncipe Gerónimo á su campo (1).

Mientras del lado del ejército británico pasaban estas cosas, al borde de la hondonada donde combatian los franceses, la division de Gerónimo llevaba á Ney el socorro de siete mil quinientos infantes superiores. Así juntaba en linea cerca de diez y nueve mil soldados. Realmente pudiera disponer de los tres mil quinientos coraceros de Valmy, porque el último despacho imperial expe-

(1) Véase la cuenta lo mas exacta posible de las fuer-

dido en el momento de salir Napoleón de Charleroy le decía que tomara los cuerpos de Reille, de Erlon y de Valmy y barrera cuanto hallara delante, y por consiguiente le autorizaba para hacer uso de los coraceros. Pero había dejado a Valmy á la espalda, y no osaba servirse de Lefebvre Desnoettes. De nuevo previno al conde de Erlon que acelerara el paso, y con la división de Gerónimo volvió á empeñar la pelea y en ánimo de hacerla decisiva. Su derecha ocupaba la división de Bachelu, y la ordenó que, tomando por punto de partida la quinta de Gimioncourt, se adelantara hasta la gran calzada de Namúr, si le era posible. Sobre el camino real juntó las dos brigadas de Gautier y de Jamin, pertenecientes á la división de Foy, apoyadas por la caballería de Piré en sus flancos, y

El duque de Wellington mandaba las siguientes:

Perponcher	7,500	bombres.
Collaert	1,100	} 20,600
Picton (ingleses y hanoverianos)	8,000	
Brunswick	4,000	

Ney tenía en línea:

Bachelu (inclusa la artillería)	4,500	
Foy	5,000	
Gerónimo	7,500	
Piré	2,000	
	19,000	} 25,000

Algo mas á la espalda de que pudo y no se atrevió á hacer uso.

Lefebvre Desnoettes (caballería ligera)	2,500
Valmy (coraceros)	3,500

y las mandó que partieran en derechura á los Cuatro Brazos. Hacia la izquierda, á lo largo del bosque de Bossu, en lugar de la brigada de Jamin puso la excelente y numerosa división de Gerónimo, que tenía el general Guillemot por segundo jefe. Así Ney llevó adelante su línea toda de derecha á izquierda, disposición nada plausible porque iba á encontrar formidables obstáculos sobre sus alas, al paso que, si se atoviera á simples demostraciones hacia la quinta de Gimioncourt por un lado y hacia el bosque de Bossu por otro, probablemente se apoderara de los Cuatro Brazos, y cortara la línea de los ingleses, lanzando á la parte del bosque de Bossu á una de sus porciones, y á la otra sobre la calzada de Namúr, y dejándolas en la imposibilidad de juntarse de nuevo. Efectivamente el duque de Wellington había acumulado las principales fuerzas sobre sus alas. A su izquierda, frente por frente de la derecha de los franceses, á lo largo de la calzada de Namúr situó seis de los ocho batallones ingleses de Picton, y en segunda línea los cuatro batallones hanoverianos. De los otros dos batallones de Picton colocó uno en el empalme del pequeño camino de Hart-Dames-Avelines con la gran calzada de Namúr y el otro en los Cuatro Brazos. A su derecha replegó así dentro del bosque de Bossu como de los Cuatro Brazos las tropas de Perponcher ya fatigada, y así las de Brunswick como la caballería de Collaert las puso delante. De esta suerte se hallaba poco guardado el centro, es decir, los Cuatro Brazos, posición de la mayor monta.

Poseído Ney de turbación febril en nada de esto paró mientes, y marchó sobre el enemigo con

toda su línea á la misma altura, teniendo su derecha hácia la calzada de Namur, su centro hácia los Cuatro Brazos, su izquierda hácia el bosque de Bossu. En el instante en que se ejecutaba este movimiento, al ver el príncipe de Orange avanzar la division de Foy, la quiso atajar el paso, lanzando sobre ella la caballeria de Collaert, compuesta de húsares holandeses y de dragones belgas. Desde luego soltó encima de la infanteria á los primeros dejando en reserva á los segundos. Pero apenas se arrojaron los húsares á la carga conducidos por el coronel Foudas, el 6.º regimiento de cazadores se precipitó sobre ellos, y los arrolló hácia la infanteria situada á la espalda, y hasta acuchilló á los artilleros de una batería. Queriendo apoyar á los húsares holandeses, tambien los dragones belgas fueron arrollados á su turno por los cazadores franceses, y repetidos sobre un batallon inglés, que, tomándolos por enemigos, les hizo fuego, y completó así su derrota.

Despues de este incidente, toda la línea francesa entró en accion bajo el amparo de una numerosa artilleria. A la derecha la division de Bachelu compuesta de cuatro regimientos de infanteria avanzó desplegada mas allá de la quinta de Gimioncourt ya conquistada por los franceses. Necesario le era atravesar muchas quebradas con vallados, que fueron derribados por sus zapadores, y resueltamente y sin sufrir grandes pérdidas marchó adelante, siempre apoyada por el fuego de los cañones. Tras de la primera quebrada, halló otra, que atravesó igualmente. Pero ya á tal distancia no pudo ser apoyada por la artilleria, que la destrozaba con sus disparos. Sin embargo tre-

paba el borde de la segunda quebrada, para apoderarse de una meseta, cubierta de trigos ya granados, cuando de pronto sufrió un terrible fuego. Se lo hacian los seis batallones ingleses de Picton, agachados entre aquellos trigos de tres ó cuatro pies de altura, y á la espera con el fin de no disparar hasta que los franceses estuviesen á quemarropa. Bajo este fuego hecho tan encima y con punteria muy certera, en gran número caen los franceses. Entonces con gran presencia de ánimo ordena Picton una carga á la bayoneta. Empujada vivamente la infanteria francesa sobre un terreno en declive no puede sostener el choque, en confusion baja á lo hondo de la quebrada, y se retira al opuesto borde. Pero allí una feliz casualidad la facilita el modo de rehacerse de pronto. De los cuatro regimientos de la division de Bachelu solo tres habian seguido el avance. Mandado el cuarto á la izquierda, que era el 108 de línea por el coronel Higonet, oficial tan vigoroso como inteligente, se halló detenido por un vallado muy espeso, y aun estaba ocupado en su corte, cuando vió los otros tres regimientos de retirada. Al punto da frente á la derecha, y despliega sus batallones, con la recomendacion de aguardar la señal para hacer fuego. Así que los soldados franceses en retirada se hallan bajo el tiro de sus fusiles, aquel regimiento comienza á disparar sobre los ingleses animados en persecucion de los fugitivos, y cubre la tierra con sus muertos. Luego se les echa encima y hace una espantosa matanza. Ante esta perspectiva el regimiento 72 situado inmediatamente despues del regimiento 108 á la derecha, se rehace el primero; su ejemplo siguen los otros, y los ingleses son re-

chazados hasta su punto de partida. La division de Foy, que habia observado este movimiento, lo apoya con avanzar sobre la calzada, y asi contribuye á arrollar hacia atrás á la izquierda inglesa. Cubierto se halla el terreno de tantos uniformes encarnados como azules. Con todo, para forzar la izquierda inglesa, nuevamente se necesitaria arrostrar el fuego de los seis batallones de Picton de arriba á abajo, y lo mismo de los cuatro batallones hanoverianos, que les daban apoyo. Reconociendo la dificultad de la empresa, Bachelu toma la resolucion muy bien entendida de dirigir su esfuerzo de plano sobre la derecha, hácia la quinta llamada de Piramont y pegada á la calzada de Namur.

Sobre el camino real avanza lentamente el general Foy con sus dos brigadas, no atreviéndose todavía á intentar un golpe vigoroso contra los Cuatro Brazos, á vista de lo que acaba de acontecer hácia la derecha francesa, y particularmente á vista de los obstáculos que á lo largo del bosque de Bossu halla la izquierda. Dirigida contra este bosque la bizarra division del príncipe Gerónimo se obstina en penetrar por su espesura; pero alli consiguen mantenerse las tropas de Brunswick y de Bylandt á beneficio de la ventaja del terreno. Con todo, apoyada por el movimiento del general Foy sobre el camino real, ya se va apoderar del bosque tan violentamente disputado, y á desembocar mas alla sobre el camino de Nivelles, cuando el duque de Brunswick ensaya una carga de caballeria en su contra. A la cabeza de sus uhlanos se precipita sobre la infanteria francesa, que le ataja el paso con sus fuegos, y desbaratado es muy pron-

to, y puesto por los lanceros y cazadores de Piré en fuga. Aquel valeroso príncipe cae mortalmente herido de una bala. Ya sobre el camino, los lanceros y los cazadores persiguen á los uhlanos de Brunswick hasta donde se halla la infanteria de Picton, que se apresura á formar sus cuadros. A pesar de esta maniobra, guiados los lanceros por el coronel Galbois rompen el regimiento 42.º en el cual hacen una horrible matanza: tambien penetran en el 40.º, aunque no logran consumar su ruina, porque le protegen los tiros de sus rehechos soldados. Celosos los cazadores por imitar á los lanceros, se arrojan sobre el regimiento 92.º, que no logran romper á pesar de su bizarría, pero avanzando hácia los Cuatro Brazos, hasta la calzada de Namur acuchillan á los fugitivos, y por un instante están á punto de coger al duque de Wellington en persona. Sin embargo, no pudiéndose mantener á tanta distancia, asi los lanceros como los cazadores se ven obligados á batir retirada, con el fin de rebacerse detras de la infanteria francesa.

Ya son las seis de la tarde, y los franceses se aproximan á la consecucion de su objeto, porque hácia la izquierda la division de Gerónimo se halla á punto de desembocar mas allá del bosque de Bossu; hácia el centro, apoyada por la artilleria, la division de Foy trepa la pendiente que va á parar á los Cuatro Brazos; y finalmente, hácia la derecha, la division de Bachelu está muy cerca de llegar á la gran calzada de Namur por la quinta de Piramont. Un golpe decisivo se necesitara á la parte del centro para dar cima á la victoria con la toma de los Cuatro Brazos. Sobremanera urgen los momentos, porque en torno del duque de Wellin-

ton afluyen refuerzos de todas partes. Sucesivamente le han llegado el contingente de Nassau del general Von-Kruse (1), fuerte de tres mil hombres, y la division de Alten, compuesta de una brigada inglesa y de otra brigada alemana, y formando un total como de seis mil combatientes. Por tanto el general inglés va á reunir cerca de treinta mil hombres contra el general francés que solo tiene diez y nueve mil soldados, ya mermados en tres mil de resultas de los estragos del fuego. No diviso Ney los refuerzos llegados á su contrario, si bien conociendo que sabe de punto la resistencia, se aflige de no poderla superar de ningun modo, y cuando con la llegada de Erlon echa la cuenta para el triunfo, de pronto recibe una noticia, que le sume en desesperacion verdadera. Al galope llega el general Delcambre, jefe de estado mayor del conde de Erlon, y le participa que á consecuencia de una orden imperial escrita con lápiz, y llevada por el general La Bedoyère, aquel cuerpo de tropas tan requerido desde los Cuatro Brazos, se ha visto en la necesidad de retroceder camino, para trasladarse hacia el cañon de Ligny. Ante esta noticia, el mariscal Ney clama que obrar de tal modo es ponerle en una situacion horrorosa; que con la esperanza y hasta con la certidumbre del auxilio de Erlon se ha empeñado contra los ingleses; que encima los tiene á todos, y que va á ser destruido si se le falta á la palabra. En medio de su

(1) El contingente de Nassau no era el mismo que las tropas del príncipe de Sajonia-Weimar, las cuales habian defendido la víspera los Cuatro Brazos. Estas se llamaban de Nassau-Orange, por estar al servicio del príncipe de tal nombre.

agitacion suma, sin pararse en reflexiones, y haciendo uso de la autoridad que sobre Erlon se le ha concedido, al punto despacha por conducto del jefe de estado mayor Delcambre, la orden formal de acudir á los Cuatro Brazos.

En el mismo instante de dar esta orden irreflexiva, Ney recibe la carta escrita en Fleurus á las tres y cuarto de la tarde, y llevada por monsieur de Forbin-Janson, en que Napoleon le ordena que declina sobre las alturas de Bry, expresando para estimularle del todo que, si ejecuta este movimiento, el ejército prusiano quedará destruido, y que por consiguiente *la salvacion de Francia está en sus manos*. Si el mariscal se hallara con su sangre fria de costumbre, al golpe hiciera una reflexion muy sencilla, á saber: que la accion principal no se daba en los Cuatro Brazos, sino en Ligny por entonces, y que, destruido el ejército prusiano, sin ningun género de duda lo seria el ejército inglés al dia siguiente de igual modo, por lo cual se debia atemperar á la voluntad de Napoleon y sin la mas leve demora, desistiendo por tanto de la toma de los Cuatro Brazos, limitándose á la defensiva, muy posible como lo demostró una hora mas tarde, y enviando al conde de Erlon la orden de encaminarse á Fleurus al punto. Un oficial podia llevar esta orden al galope en el término de media hora, y Erlon se hallara al respaldo del molino de Bry una hora despues, á las siete y media, y en actitud de colocar entre dos fuegos al ejército prusiano. Pero no le ocurre á Ney una reflexion tan obvia. Preocupado únicamente de lo que tiene ante los ojos, solo para mientes en que primero urge vencer donde se halla con sus tropas, á fin de

caer luego donde Napoleón sostiene la lucha. No piensa más que en superar como un furioso el obstáculo que se opone á su triunfo. Durante el transcurso del día ha visto operar prodigios á sus jinetes, y cifrando la esperanza en llevarlo todo por delante con ellos, de seguida llama al conde de Valmy, despues de atraer a una de sus brigadas, y repitiendo las palabras que el emperador ha escrito en su reciente carta, le dice de este modo:—General, la suerte de Francia está en vuestras manos. Necesario es hacer un grande esfuerzo contra el centro de los ingleses, y romper la masa de infantería que teneis delante. Salvada esta Francia si alcanzáis el triunfo. Marchad, y yo atenderé á que la caballería de Piré sea en vuestro apoyo.— Aficionado á contradecir el general Kellermann, y opondre mas de una observacion á órden semejante: sin embargo, este cede á las instancias convulsivas del mariscal, y se apresta á ejecutar el ataque desesperado que se aguarda de su denuedo.

Para intentar lo exigido por Ney, se necesitara obrar con las cuatro brigadas del conde de Valmy, que juntas formaban un total de tres mil quinientos coraceros y dragones; se necesitara además hacer uso de Lefebvre Desnoettes con la caballería ligera de la Guardia, y tras de derribarlo todo bajo los pies de los caballos franceses, se necesitara completar este movimiento con una masa de infantes que tomara posesion definitiva del terreno conquistado. En lugar de dejar que la excelente division de Gerónimo, fuerte de ocho mil combatientes, se extenuara contra un bosque, donde ante los obstáculos físicos se iba á estrellar el denuedo de los soldados, lo conveniente fuera no dejar

más que una brigada de infantería para mantener la pelea hácia aquella parte, y con los cuatro mil hombres restantes de la division de Gerónimo, con los cinco mil de la division de Foy, con los coraceros y los dragones de Valmy, con los lanceros y los cazadores de Piré y de Lefebvre Desnoettes, esto es, con nueve mil jinetes y nueve mil infantes, romper el centro de los ingleses, como allí por el año de 1805 rompió Masena en Caldiero el centro de los austriacos. Pero poseido á la par de confusion y de ardimiento, solo piensa Ney en golpes desesperados. Por desgracia ni aun la desesperacion puede prescindir del calculo para llegar al triunfo. A la par que Ney falta á los mandatos esenciales de Napoleón, con llamar al conde de Erlon á su lado, se atiene á la órden ya sin sentido de dejar á Kellermann sobre el ramal de la antigua calzada romana, á la órden todavia más insignificante de tratar con contemplacion á la caballería de Lefebvre Desnoettes, y se limita á lanzar una brigada de Valmy sobre los enemigos, dejando que en el bosque de Bossu agote la division del príncipe Gerónimo sus fuerzas.

A pesar de lo poco razonable de la órden que ha recibido, sin tomarse mas tiempo que el indispensable para dar algun respiro á sus caballos, se apresta el conde de Valmy á cargar con el mayor arrojo. Piré se aperece á apoyarle con sus cazadores y sus lanceros. Siguiendo el camino real, trepa Valmy al trote la pendiente que va á dar á los Cuatro Brazos, y torciendo de súbito hácia la izquierda en direccion del bosque de Bossu, sobre la infantería inglesa del general Halkett se lanza con su brigada compuesta de los regimientos 8.^o y 41.^o de

coraceros. Sobre las corazas y los cascos de los jinetes franceses lueven las balas, sin hacerles vacilar un punto. Se arroja el 8.º de coraceros sobre el regimiento 69.º de ingleses, lo rompe del todo, á estocadas mata una parte de sus hombres, y el coracero Lami les coge su bandera. Este regimiento inglés se refugia al bosque. Tras de formar nuevamente sus escuadrones, Kellermann se lanza sobre el regimiento 30.º sin que pueda romper su cuadro; pero destruye y acuchilla al 33.º y luego á dos batallones de Brunswick, y así llega á los Cuatro Brazos. Entretanto Piré cae sobre la infantería de Picton á la derecha. Formada ésta en muchas líneas, resiste con violentos y bien dirigidos fuegos á los ataques de la caballería ligera de los franceses. Mas el 6.º regimiento de lanceros, que en esta jornada sobresalió por sus proezas, guiado por su coronel Galbois gana la calzada de Namur, y á espaldas de Picton destruye á un batallón hannoveriano. Solo tiene tiempo el duque de Wellington para saltar á un caballo y huir á escape.

De esta suerte se mantiene la caballería francesa sobre la meseta de los Cuatro Brazos, de que al fin se ha hecho señora. Si á la sazón llegara alguna infantería en su apoyo, si parte de la division de Gerónimo y la division de Foy acudieran á ocupar el terreno conquistado, y particularmente si las otras tres brigadas del conde de Valmy fueran enviadas en su auxilio, asegurado estaba el triunfo. Desgraciadamente, lanzada por un arranque de desesperacion en medio de una nube de enemigos, allí se queda sin apoyo, y de pronto se siente martirizada por fuegos terribles. Refugiada dentro de las casas de los Cuatro Brazos, la infan-

tería inglesa lanza sobre los lanceros franceses una granizada de balas. Sorprendidos por este fuego, y no viéndose sostenidos, al punto emprenden la retirada, despacio al principio, y despues con la precipitacion del espanto. Sin fruto se esfuerza el conde de Valmy por contenerlos en la cuesta, por donde poco antes han trepado victoriosamente; así el declive como el empuje de la retirada precipitan su carrera. Desmontado, sin sombrero, para no verse abandonado, su general no tiene mas recurso que agarrarse á las bridas de dos coraceros, y así vuelve suspendido de dos caballos al galope. Ney acude á la vista de este espectáculo triste, al general Lefebvre Desnoettes manda que barra el camino de contrarios, y así logra contener á los dos regimientos de coraceros fugitivos, despues de dar cima á portentos.

Ney, que en esta coyuntura despliega el incomparable heroísmo, con que la naturaleza le habia dotado, vigoroso allega sus tropas y conserva su linea de batalla. Sobre el camino real mantiene á la division Foy en la altura á que ha llegado, mientras á la derecha la division de Bachelu está próxima á desembocar en la gran calzada de Namur por la quinta de Piramont; luego corre á la izquierda hacia la division de Gerónimo, para tomar el bosque de Bossu, que no debiera ser blanco de sus esfuerzos. Pero la resistencia crece de minuto en minuto. En lugar de las tropas, que disputaban el bosque de Bossu hasta entonces, sin aspirar á salir de su espesura, de súbito se ven aparecer batallones soberbios y en ademan de rebasar á los franceses. Con efecto, el duque de Wellington, que ya tenia treinta mil hombres, acaba-

ba de recibir los guardias ingleses del general Cooke, el resto de las tropas de Brunswick, nuevos escuadrones de caballería, y ahora contaba cuarenta mil soldados contra Ney, que ya no tenía más que diez y seis mil á lo sumo. Entonces Ney, hecho un león cual lo fué siempre, con la división de Gerónimo se lanza sobre los batallones que desembocan del bosque, y les ataja el paso. Recuperando su presencia de ánimo ante el peligro, que ya es físico del todo, al cabo reconoce que de obsinarse en aquel punto se expondría á un gran descalabro. De la ofensiva se decide, pues, á pasar á la defensiva, lo cual debiera hacer mucho antes, ya que no había aprovechado la mañana para destrozar á los ingleses. Por consecuencia de esta resolución llena de confusa, lentamente replegó su línea toda de derecha á izquierda, permaneciendo á caballo en medio de sus tropas, y tranquilizándolas con su noble continente. Volviendo á subir al borde de la quebrada de donde ha partido, otra vez se halla á su favor la ventaja del terreno. A su turno tienen que atrepar los ingleses la cuesta sufriendo mortífero fuego de arriba á abajo. Ney les hace llover encima balas y metralla, y ya deteniéndolas con cargas á la bayoneta, ya con descargas hechas á quema-ropa, dos horas invierte en volver al borde de la hondonada, que se extiende entre Frasnés y los Cuatro Brazos.

Mientras en medio de las balas que caen en torno suyo es objeto de temor para el enemigo y de admiración para sus soldados, se le alcanza lo mucho que su situación tiene de amarga, y exclama con noble y desgarradora pesadumbre:—*Todas esas balas las quisiera tener dentro del vien-*

trel—¡Ah, lo que tenía delante de los ojos era una victoria en comparación de lo que había de ver á la vuelta de dos días!

Entonces eran las nueve de la noche; las tinieblas envolvían aquellas funebres llanuras, de Sombreffe á los Cuatro Brazos, de los Cuatro Brazos á Charleroy, y en este triángulo de algunas leguas ya cubrían cuarenta mil cadáveres el suelo. Ney en los Cuatro Brazos había puesto fuera de combate á seis mil enemigos, ora por efecto del fuego, ora por el del sable de sus jinetes, y había perdido cerca de cuatro mil hombres. En Ligny, según hemos dicho, por tierra yacían doce mil franceses y diez y ocho mil prusianos, sin contar la multitud de hombres desbandados. ¡De este modo acababan de ser sacrificados cuarenta mil valientes más á las formidables pasiones del siglo!

Sin duda se preguntará qué se hizo durante esta jornada el conde de Erlon, no habiéndole visto figurar ni en Ligny para completar la victoria, ni en los Cuatro Brazos para destrozar á los ingleses sobre el camino de Bruselas. ¡Triste es la respuesta! ¡Andando estuvo de continuo, sin llegar á ninguna parte, á pesar de su sin par ardimiento, esterilizado por la fatalidad que á la sazón pesaba sobre los asuntos franceses!

Por la mañana se mantuvo en Gosselies esperando órdenes, que no llegaron hasta las once, por la comunicación que le pasó el general Reille acerca del mensaje de Mr. de Flahaut. Sin pérdida de momento se puso en marcha para Frasnés, y según las instrucciones recibidas encaminó su división de derecha, la del general Durutte, sobre Marbais. Viéndose á espaldas de los prusianos, los

ofrecia graves inconvenientes dejar vacío el espacio entre Fleurus y Frasnes, porque esto equivalía a abrir á los enemigos una avenida que les permitiera penetrar entre los dos ejércitos franceses; finalmente, en cuanto al valor de las órdenes contrarias, se hallaba entre las de Ney, su gefe inmediato, y las de Napoleón, gefe de los gefes. Después de bien pesadas estas consideraciones diversas, el conde de Erlon tomó la resolución de marchar con tres divisiones á los Cuatro Brazos, y de dejar en el camino de Bry solo á la division de Durutte. Pero al abrazar tal partido recomendó mucho á este general que fuera prudente, y aun hizo que se le recomendara mas de plano, cuando supo en el camino que hácia el lado de Ney iban muy mal las cosas. Así Erlon se puso en camino para los Cuatro Brazos con gran sentimiento de sus soldados, y el general Durutte marchó hácia Bry como á tropezones, lo cual dió margen á decir en torno suyo, que estaba de mala voluntad y hasta que andaba en traiciones, suposición muy injusta, porque este general era tan celoso como sensato, y no cedía mas que á órdenes superiores. Entre nueve y diez de la noche llegó á Bry, donde precipitó la retirada de los prusianos, sin coger un solo prisionero, y por su parte Erlon llegó á Frasnes á espaldas de Ney, cuando ya habia cesado el estampido del cañon, y no le podia ser de utilidad alguna.

Tal fué la sangrienta jornada del 16 de junio de 1815, la segunda de esta campaña, consistente en dos batallas, una ganada en Ligny, otra indecisa en los Cuatro Brazos. Mal se la avaloraria á todas luces, si se juzgara bajo la impresion de los sucesos de los Cuatro Brazos, y de los falsos mo-

vimientos del cuerpo de tropas de Erlon que no le hicieron útil en parte alguna. Desde luego en realidad habia salido bien el plan de campaña tan profundamente concebido. Napoleón habia ocupado victoriosamente la gran calzada de Namur á Bruselas, á la verdad no sobre los dos puntos, sino sobre uno solo, el de Sombreffe, y esto bastaba para su designio. Sin duda el duque de Wellington habia conservado el punto de los Cuatro Brazos; pero si le quedaba este puesto indispensable para la reunion del ejército de los ingleses, no por eso se hallaba menos separado de su aliado Blücher, á quien no se podia juntar sino muy á la espalda. Así los ingleses se hallaban condenados ó á pelear sin los prusianos, ó á dar un largo rodeo para ir en su busca. Este primer resultado, el único esencial de veras, se habia conseguido del todo. Además aquel de los dos ejércitos aliados, á quien Napoleón se proponia encontrar primero, se hallaba ya batido, y tan batido, que entre muertos, heridos y desbandados habia perdido la cuarta parte de su fuerza efectiva, y así estaba reducido de ciento veinte á noventa mil hombres. Sin duda hubiera podido ser destrozado de forma que ya no torara á aparecer en la campaña, lo cual mudara el semblante de las cosas, porque obligado el ejército inglés á dar batalla al dia siguiente sin ser socorrido, de cierto quedara destrozado á su turno. Este resultado decisivo se habia frustrado, y era una desgracia; pero al cabo se estaba entre los dos ejércitos aliados, en proporcion de encontrarlos á uno tras otro, y ya se habia batido al que convenia batir primero. Por consiguiente la parte esencial del plan se hallaba realizada. Ahora, si el inmenso resultado, cuya

consecucion no se llevó á remate y que cambiara la suerte de Francia, se habia frustrado. ¿A quién toca atribuir la culpa? A la historia toca investigarlo, porque, si es una exposicion de hechos, asi mismo debe ser un juicio. Vease, pues, lo que en nuestro dictámen hay que deducir de los sucesos muy sencillamente interpretados.

Acerca del tiempo perdido en la madrugada del 16 de junio es el principal cargo dirigido respecto de las operaciones de esta jornada. Segun ya se ha visto, de ningun modo es fundado tal cargo con relacion á lo acontecido en Ligny, aunque si lo es completamente con relacion á lo acontecido en los Cuatro Brazos. Sobre este punto se ha discurrecido como si durante la mañana del 16 de junio hubiese tenido Napoleon todo el ejército bajo su mano, y no le quedara que hacer mas que ponerlo en movimiento desde la primera luz del alba. Pero no fué asi bajo ningun concepto. Cerca de veinte y cinco mil hombres habrian vivaqueado durante la noche á la orilla derecha del Sambra, y esta mañana tuvieron que desfilar por el puente de Charleroy y por las angostas calles de la ciudad con un material considerable. Tampoco á la parte del Chatelet habian cruzado todas las tropas del general Gerard el Sambra, y además estaban abrumadas de fatiga. Por consecuencia de esta doble circunstancia se necesitaban lo menos tres horas para que los diversos cuerpos del ejército francés se hallasen, no en línea de ninguna manera, sino en actitud de avanzar hácia la línea de batalla, donde se iba á trabar la lucha. A mayor abundamiento, por mas que Napoleon casi no abrigase la menor duda relativamente á la distribucion de las

fuerzas enemigas, siempre en situacion tan grave como la suya, pues estaba entre dos ejércitos cada uno de los cuales igualaba casi en número al de los franceses, natural era que no quisiera obrar sino sobre seguro, y que á adquirir noticias aplicara el tiempo que las tropas invertian en la marcha. Ahora bien, el mismo mariscal Grouchy, que debia practicar reconocimientos desde las cuatro de la mañana, por sí mismo ha confesado que hasta las seis no le fué conocido ni participó el despliegue de los prusianos delante de Sombrefe. Este aviso no pudo llegar á Charleroy hasta despues de las siete, y todas las órdenes estaban ya dadas á las ocho, y entre ocho y nueve quedaron expedidas á sus respectivos destinos. Por su presteza en transmitir el pensamiento de Napoleon al golpe, quizá ganara Berthier media hora; pero cuando se trataba de providencias de tanto bulto, no cabe decir que se perdió tiempo. Yendo á pie las tropas, forzosamente necesitaban algunas horas para llegar á Fleurus, á la par que viajando Napoleon á caballo con una hora tenia bastante, y muy bien podia prolongar su permanencia en Charleroy, con el fin de recoger las diversas noticias que le hacian falta, y de despachar una porcion de órdenes indispensables. Asi cuando se pregunta qué es lo que hacia Napoleon en Charleroy hasta las diez ó las once de la mañana, fuerza es tomar en cuenta todos estos pormenores, antes de increpar de inactividad al hombre, que no sintiéndose bien de salud en tal fecha, se estuvo el dia 15 no menos de diez y ocho horas á caballo, no dedicó al sueño mas que tres horas por la noche, y luego se levantó al amanecer para dar principio á la sangrienta y ter-